

una beca en la Fundación Arquia ^



Compendio de ideas sin hilo conductor recogidas a lo largo de seis meses de estancia en la Fundación Arquia, y en especial en Madrid. Una especie de cadáver exquisito cocinado a lo largo de este tiempo.

Miren me escribió a mediados de julio para contarme que era una de las beneficiarias de la beca arquia y que dudaba si mudarse a Madrid o no. Me sentí increíblemente contenta y orgullosa por ella, ¿una beca arquia? qué amigas más listas y talentosas tengo, qué bien.

Ese mismo mediodía, en el coche junto a mi hermana, Irene me contactó para anunciarme que también había sido seleccionada. ¿Yo? De los nervios le escribí un mail de vuelta donde le llamaba Inés.

A la semana hablé con Núria y se lo anuncié con vergüenza. Resulta que a ella también le habían ofrecido una y le daba *palo* contármelo. Confirmé que estoy rodeada de gente muy válida, y me produjo una alegría inmensa vivir en Madrid a la vez que dos amigas.



Haber revisado prácticamente todos los dossiers de fin de beca de las últimas dos ediciones no facilita en absoluto realizar una. A juzgar por lo visto, podría clasificar los testimonios en tres grandes grupos:

- 1- Narración acorde a la línea temporal, véase “Recuerdo mi primer día en el estudio...”
- 2- Testimonio mediante fotos y poco texto
- 3- Testimonio a última hora, en una sola cara de pdf, porque se quiere cobrar el último mes.

No sintiéndome especialmente inclinada hacia ninguna de las opciones, intentaré crear mi relato en un formato libre, a sabiendas de que inevitablemente terminará clasificándose en una de las tres categorías (preferiblemente no en la última). Trataré de hilar mi experiencia en la Fundación Arquia con la vivencia en la metrópoli, mi formación como arquitecta debería permitirme dotar de una dimensión espacial una experiencia personal.



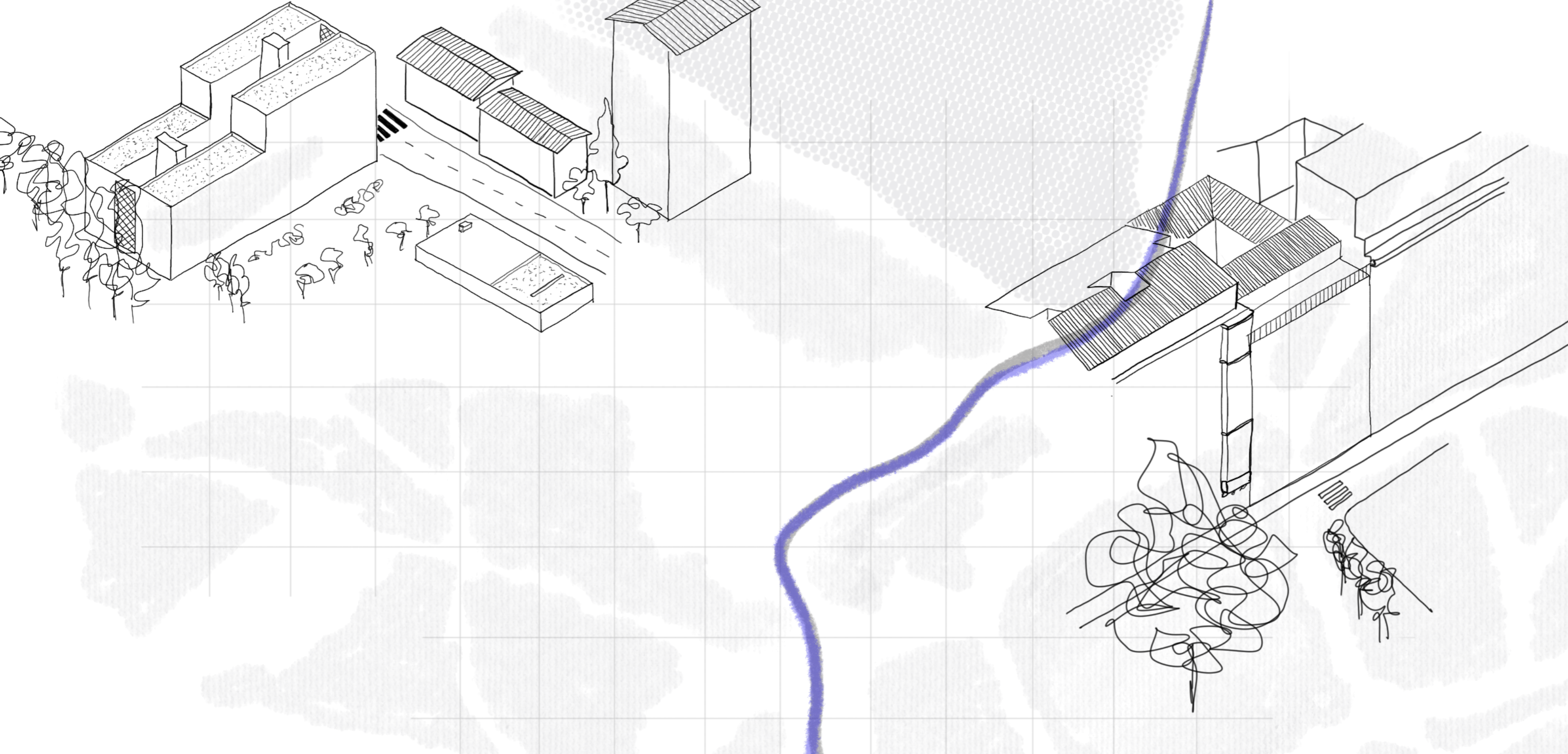


Madrid se vive de muchas maneras, pero para quienes venimos de la provincia, se vive con desesperación. Hay quien se traslada a la ciudad con grandes ilusiones y esperanzas, pero no era mi caso. Sé valorar las oportunidades y ventajas de vivir en una gran urbe, pero no soy ciega ante las hostilidades que presenta.

Una desarrolla un sexto sentido para identificar posibles huecos en asientos del metro, y se coloca alrededor para correr a por él tras batallas visuales imperceptibles para ojos poco entrenados. También aprende una a “hablar en metro”, y a calcular distancias que siempre se resumen a: “está a veinte-treinta minutos”. También te acostumbras entonces a llegar tarde y a esperara a quienes llegan más tarde todavía. Te familiarizas con que el centro de la ciudad esté lleno de extranjeros blancos que solamente hablan en inglés y acuden a cafés de especialidad. Así, te acostumbras a la rabia que te inunda al ver menús (siempre en inglés) igualitos unos a otros: una sucesión de brunchs, avocado toast, açai bowls, tartares y gyozas que no alcanzas a pagar con un salario mínimo. Mientras tanto los portales de alquileres te recuerdan que la vivienda no se va a intervenir porque es un bien de mercado, y amplias tu perímetro de búsqueda hasta Zamora, ¿hay AVE a Zamora? Visitas exposiciones, inauguraciones y eventos que te reconfortan en la decisión de vivir aquí: los que has dejado atrás a 400 km no se toman un vino y un canapé en las inauguraciones de La Casa de la Arquitectura un miércoles, ni tampoco saben lo que es el Thyseen, ipobres ignorantes que no han subido un instastory en ARCO! Sí, estoy mejor aquí.

Aprendo a moverme sin ayuda de Google maps, recorro calles con terrazas abarrotadas, sorteo camareros que no desparrraman una sola gota de los dobles y vermús cuando nos topamos de frente. Es como el juego de la bandera del colegio: El camarero sale, bandeja en mano, de la puerta del bar. Se enfrenta a dos metros y medio (en el mejor de los casos) de campo enemigo: transeúntes mirando el móvil, runners sudorosos, chuchos babosos, gente presurosa. Con la mayor de las concentraciones y sin pensarlo dos veces, cruzan el campo de batalla, esquivando toda suerte de obstáculos para poder llegar otra vez a un espacio seguro: la terraza, la libertad.





Lo aprendido acerca de la cultura arquitectónica estos 6 meses es inconmesurable. La cantidad de estudios, arquitectos, conferencias, eventos y premios que se mencionan a diario es enorme, y si sé es curiosa (y cotilla) se aprende muchísimo. Considero que ahora tengo una imagen muchísimo más amplia del estado actual de la arquitectura española que cuando empecé, y esto ha sucedido de manera imperceptible, escuchando este nombre por aquí, consultando este catálogo por allí, googleando estudios de manera constante, etc...



el equipo
^



La Fundación Arquia es una oficina increíble en la que trabajar, todas las personas de mi entorno lo pueden confirmar. Siendo yo una persona con especial querencia por la queja, no he reunido suficientes argumentos para hacerlo durante mi estancia. El equipo es muy cercano (hasta a veces chocar con mis capacidades ortopédicas de salud), y están constantemente atentos para que la estancia sea lo más enriquecedora y agradable posible. Pese a que un entorno seguro y cómodo debiera ser lo mínimo exigible, la oficina de Barquillo, 6 lo supera con creces, me parece incluso peligroso que una de mis primeras experiencias laborales haya sido así porque establece un precedente muy difícil de superar.

Es sorprendente el volumen de trabajo que saca adelante el equipo formado por Sol, Celia, Espe, Irene, María, Pablo, Sonia, Fernando y Jose, siempre atentos al detalle y con una minuciosidad de admirar.



Mi existencia siempre ha pendulado enter extremos. Demasiado de ciudad para ser de pueblo. Muy de pueblo para ser de ciudad. Y así, me construí en este ser abyectó que renunció a los dos, mientras los abrazaba. Defiendo que las dicotomías son falsas, y que nada es blanco o negro, pero pese a saber que no debo anclarme a ninguna y que en verdad son concepciones difusas, no paro de hacer distinciones enter campo y ciudad.

Quien hay apasado más de dos minutos conmigo sabe que me regocijo en la queja, y que de partida suelo estar en contra de todo. Así, estoy especialmente en contra de Madrid. Pero solo cuando vivo aquí; mientras paseo por calles abarrotadas de bares, hago la compra en domingo o vuelvo a casa en transporte público un sábado por la noche. Nada se me ofrece mejor que el pueblo en esos momentos. Por el contrario, cuando estoy con mis amigas del pueblo en el bar de siempre, tomando lo de siempre, hablando de los de siempre y me preguntan horrorizadas sobre Madrid, me veo en la necesidad de decir que, aunque hay amucho estrés y sea muy grande, Madrid es increíble, divertidísima y que etsoy encantada. Todavía no he tenido que sacar la baza de la libertad.

Me siento como un cuentacuentos al hablar de Madrid con mis amigas. Adrezo personajes estafalarios que una se encuentra por Malasaña con exageración, y mis amigas se quedan boquiabiertas ante la sucesión de peinados, atuendos y comportamientos de la ciudad. A su vez, en Madrid relato las peripecias del pueblo, una infancia asalvajada, tradiciones extrañas o simplemente el número de habitantes. Esta última es infalible para la sopresa, “¡Cien personas! ¿Y teníais colegio?”. Es entonces cuando pasas a explicar que los servicios públicos operan por comarca y que nos desplazábamos al núcleo grande (de cinco mil habitantes) para cubrir necesidades. M resulta divertidísimo jugar con la doble faceta que me otorga no pertenecer a ningún lugar en concreto, y aprovecharme de tópicos y vivencias.

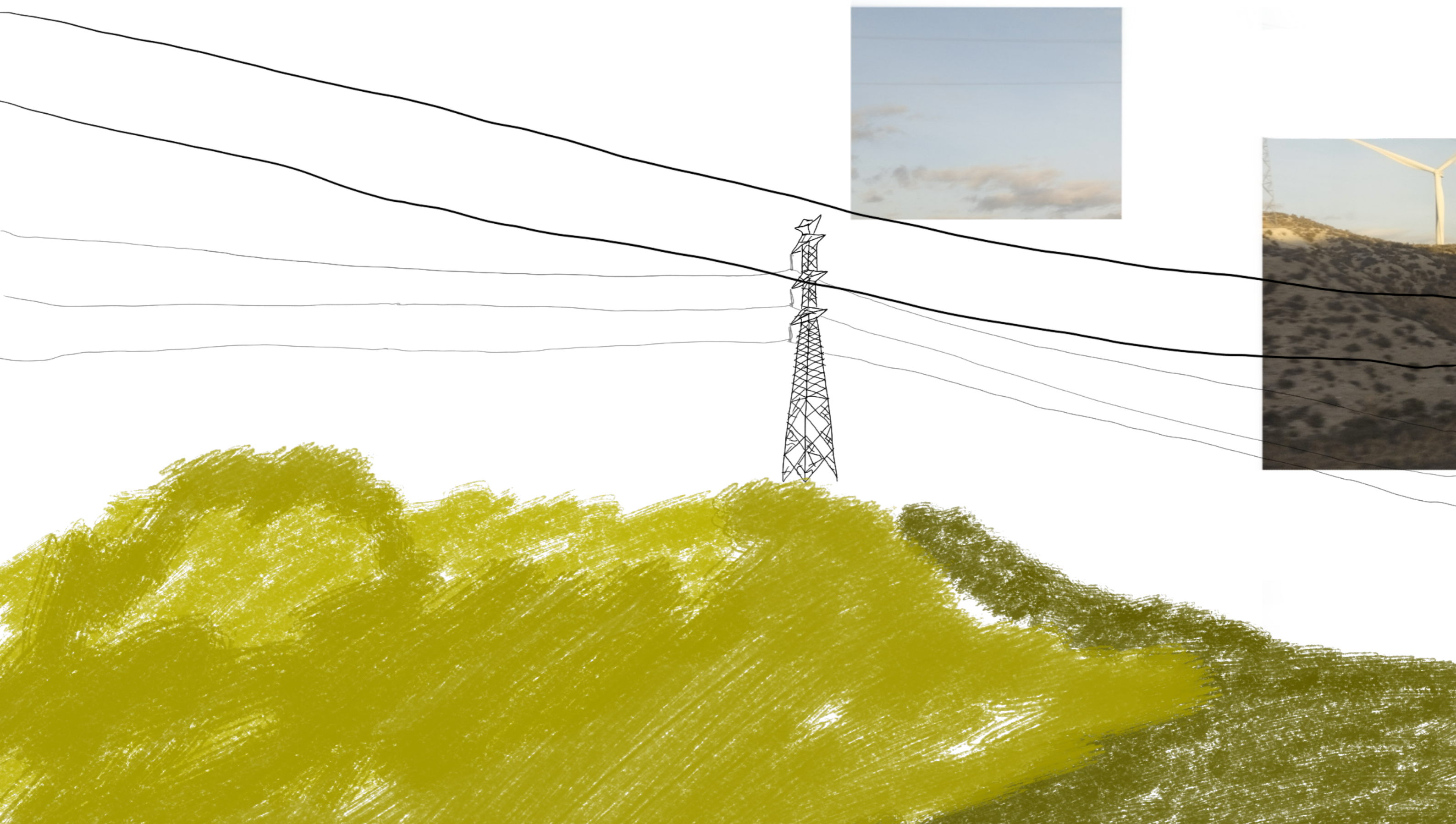
En el pueblo, cada domingo le corresponde a una casa responsabilizarse de subir al campanario para anunciar la misa a las 12. También es obligatorio acudir a las tres veredas anuales para adecentar el pueblo, y las multas son altas en caso de no colaborar. Uno de msi vecinos me cocinó galletas cuando estuve ingresada durante el confinamiento. Otro, que tenía la suerte de trabajar en el monte, nos traía hognos lavados a casa. Yo le llevo vainas de la huerta a la vecina que por edad no ha puesto la suya este año. Mis padres le encargan a otra vecina que riegue las plantas cuando nos vamos de vacaciones. Esta enumeración podría seguir sin parar, pero no quiero caer en la romantización de unos cuidados comunitarios a los que todos deberíamos de tener acceso y predisposición, tanto en Narbaiza como en Aluche.

pensamientos de una
provinciana venida a más

^



Estos meses he tenido oportunidad de pasar largas horas (siempre más de las planeadas) abordo de renfe. Me prometo a mí misma que no volveré a enfadarme pero el tren tiene una capacidad especial para drenar toda mi paciencia. Además, el privilegio es doble al poder disfrutar de las obras de Chamartín y su (supuesto) avance.





Revisando mi galería de fotos solamente me encuentro fotos a flores y hierbajos varios. Raquel Peláez habló hace poco sobre la obsesión de las mujeres a partir de cierta edad de sacar fotos a flores. Creo no haber llegado a la edad a la que se refería, y aún así solo encuentro fotos de esta guisa. No me he visto en la necesidad de fotografiar grandes explanadas hormigonadas urbanas, da qué pensar.

Juan Evaristo Valls Boix escribe,

“Vindico la vida holgada porque celebro un deseo gustoso de sí y de su lentitud, un deseo que no está secuestrado por la excitación constante o el miedo a perderse algo.”

